

PEDRO MARTÍNEZ MONTÁVEZ: ARABISTA INNOVADOR, MAESTRO Y AFICIONADO

Rebeca Fuentes Arcos

Arabista y aficionada a los toros

Universidad Complutense de Madrid y Universidad de Salamanca

El 14 de febrero de este año 2023 Pedro Martínez Montávez (Jódar, Jaén, 1933) abandonaba la vida para pasar a formar parte de la eternidad, la eternidad de los que siempre serán recordados por los que tuvimos la inmensa fortuna de que nuestros caminos se cruzasen con el suyo y que pudiésemos andar juntos un trecho¹.

Se doctoró en Filología Semítica por la Universidad Complutense de Madrid, tras un tiempo en Sevilla se trasladó a Madrid para ocuparse de la cátedra de Lengua y Literatura Árabes de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de Madrid. Fue en esa misma universidad donde en 1977 fue elegido rector, en las primeras elecciones democráticas que se llevaron a cabo en el ámbito universitario en España. Ocupó este puesto hasta 1982.

Fue miembro de numerosas organizaciones como la Asociación de Amistad Hispano-Árabe, la Academia de la Lengua Árabe de Amán y presidente de la Asociación de Amigos del Pueblo Palestino.

[1] Este escrito es la adaptación de la comunicación leída por la autora en la jornada organizada por Casa Árabe en Madrid el 13 de septiembre de 2023 con el título *Homenaje al profesor Pedro Martínez Montávez. Pionero y maestro del arabismo contemporáneo*.

Gracias a él y a su ingente labor traductora el público hispanohablante pudo conocer a autores como el sirio Nizar Qabbani o el palestino Mahmud Darwish.

Escribió una inmensa obra, de la que destacan títulos como *Poesía árabe contemporánea* (1958), *Introducción a la literatura árabe moderna* (1973), *Ensayos marginales del arabismo* (1977), *Mitos y leyendas andaluces* (1986), *Al-Andalus, España, en la literatura árabe contemporánea: la casa del pasado* (1992) y *El reto del islam : la larga crisis del mundo árabe contemporáneo* (1997), y otros más recientes, como *En las fronteras del prólogo: ver lo árabe a través de otros ojos* (2017) o *Veinticuatro poemas finales* (2019); por mencionar algunos de sus títulos más estudiados e innovadores.

En 2010 recibió la Medalla de Oro de Andalucía y la Medalla de Oro del Círculo de Bellas Artes, fue doctor *honoris causa* por las universidades de Jaén, Granada y Alicante y numerosas instituciones reconocieron su trayectoria, así como su localidad natal, Jódar, de la que era Hijo Predilecto y que le rindió homenaje en varias ocasiones.

Se fue el referente del arabismo español, uno de los principales investigadores del mundo árabe contemporáneo y de las relaciones hispano-árabes en las épocas medieval y moderna, pero en este texto quiero hablar de un aspecto de su vida personal algo desconocido para el arabismo español: su afición taurina y su forma de transmitir la pasión por el noble arte de la Tauromaquia.

Yo fui alumna de don Pedro en la Universidad Autónoma de Madrid durante años, pero sigo siendo discípula suya y lo seré siempre, no sólo en el arabismo, también en mi manera de entender la tauromaquia, afición que compartíamos de una forma muy entusiasta.

Y quiero detenerme en el verbo entender. Porque el toreo, tal y como escribió José Bergamín, es objeto de percepción y razonamiento. Entender el toreo es, naturalmente, consecuencia de una limpia y fina

sensibilidad. Yo necesitaba entender algunos aspectos del toreo y él, don Pedro, me ayudó a hacerlo.

¿Se podría hablar de revelación? Quizá, aunque lo realmente revelador fue aprender que a la tauromaquia uno se tiene que acercar con naturalidad, con sencillez (*al igual que al mundo árabe*, decía). Naturalidad y sencillez que están en la base de toda cultura. Naturalidad con la que un andaluz cabal como él templó mis juveniles y recias acometidas castellanas en cuestión taurina. Sencillez la que mostraba Montáñez (sus alumnos siempre lo llamábamos así) siendo el más jienense de los cairotas y el más faraón de los galdurienses.

Nuestras conversaciones sobre toros estaban dominadas por una pregunta fundamental: ¿qué es torear? A lo largo de la historia de la Tauromaquia se ha intentado buscar una respuesta. Teóricos, toreros, críticos y aficionados han escrito miles de páginas sobre ello desde el siglo XVIII y no se ha alcanzado una única conclusión. Sí se han ido fijando una serie de cánones de obligado cumplimiento para una lidia correcta. Fue Juan Belmonte (el torero que nos descubrió a Chaves Nogales) quien fijó los tres primeros: parar, mandar y templar. Sería a mediados del siglo XX cuando Domingo Ortega (matador toledano), en una conferencia pronunciada en el Ateneo de Madrid —cuando a los toreros se les llamaba para hablar en el Ateneo ¡qué tiempos aquellos!—, añadió un cuarto elemento: cargar la suerte. Los cuatro son difíciles de definir y son muy complicados de instrumentar. Alguna vez se dan todos en una misma faena y es ahí donde surge el hechizo y el llamado «veneno» de los toros se mete en el cuerpo.

¿En qué consiste ese veneno? Una vez, el profesor Martínez Montáñez me contó una anécdota sucedida entre un crítico taurino, Gregorio Corrochano, y un torero, Curro Puya, trianero. Corrochano, tras verle torear una tarde y admirar sus lances le preguntó: «*Dime, Curro, ¿se te para el corazón cuando toreas? Porque ayer creo que se paró el mío viéndote*

torear». Probablemente sea esa la manera más cercana de llegar a entender ese sentimiento. Yo tenía el veneno, pero había que administrarlo.

Pedro Martínez Montávez, como buen maestro, cumplió conmigo el papel de lidiador dándome a conocer esos cánones del toreo sin que yo fuese consciente en ese momento.

Por un lado, **paró** mi ímpetu novilleril, poco dado a la quietud, a la lentitud (me gustaría aclarar en este punto que la tauromaquia es la disciplina más antiolímpica que existe: se torea mejor cuando se torea despacio, el toreo es verdadero cuando se da la sensación de parar al toro, de parar el tiempo).

Mandar en lenguaje taurino podría equivaler a dirigir. Se dirige la trayectoria, se indica el camino a seguir y se hace con firmeza, pero con cariño. Mandar, en los toros, es enseñar. Y ¿qué puedo decir de todo lo que aprendí del homenajeado?

El siguiente paso es el de **templar**. El temple consiste en que velocidad y movimiento de la muleta se acoplen a la velocidad y el movimiento del animal. Templar implica acompasar. En nuestras tertulias taurinas había mucho acompañamiento por parte de don Pedro. No es el ámbito universitario un lugar en el que un aficionado a los toros encuentre con facilidad a alguien con quien comentar unas verónicas de Morante de salida por alto y no de manos bajas. He de decir que nunca me sentí sola.

Y ya, con una trayectoria enseñada, con la mirada educada y un buen compás el cuarto de los cánones venía rodado. **Cargar la suerte** supone exponer sin miedo, poner todo lo que depende de nosotros para que la ejecución sea perfecta.

Alrededor de estos cuatro ejes gira la faena a un animal, el toro bravo, sin el que nada de todo esto tendría sentido, eje fundamental de la fiesta. El profesor Martínez Montávez siempre me animó a leer sobre toros, a investigar, a no quedarme en lo superficial y así, en corto y por

derecho, me llevó de la mano por un camino que sigo transitando y que no tiene fin. Pero, sobre todo, me enseñó a no encorsetarme, a que mi afición no se limitase a lo que ya conocía.

Don Pedro me inició y acompañó en este entendimiento de un arte que, lejos de ser español es interplanetario. Son estas, también, palabras de Bergamín, autor que leí por recomendación suya y escritor que cierra un círculo en el que nos encontramos con uno de los toreros con los que más hemos disfrutado don Pedro y yo: Morante de la Puebla. Morante, representante de un toreo atemporal, apolíneo, clásico, vertebrado en los ejes que el bueno de Joselito el Gallo marcó allá por los primeros años del siglo XX; fue objeto de muchas conversaciones entre nosotros en las que el profesor actuó de guía para reeducar mi gusto taurino y abrió mi mente a una forma de torear que se compromete con la verdad, aunque seamos conscientes de que no todo el mundo es capaz de entenderla. También se compromete con la belleza a la que todos estamos orientados y que, a pesar de que los cánones pueden cambiar, siempre prevalece.

El pasado 26 de abril fue un gran día para los aficionados a la tauromaquia y especialmente para los llamados «morantistas». Nuestro diestro dilecto, tocó el cielo con la mano toreando como los ángeles y cortando todos los trofeos a un toro en Sevilla. No estaba ya don Pedro entre nosotros, pero ese día Rosa Martínez Lillo, su hija, y yo estuvimos hablando de este homenaje y de lo que él disfrutaba viendo torear a este matador. A veces, hay casualidades que dan sentido a todo.

Para concluir quiero citar una frase que se le atribuye a Juan Belmonte y con la que casi siempre terminábamos nuestras charlas: «Se torea como se es». *Esa frase es válida para todos los aspectos de la vida, —me repetía—, no sólo en lo relativo a los toros.*

Pedro Martínez Montávez era un maestro dentro y fuera del aula y siempre he pensado que lo mejor de mi experiencia con él no fue lo

que me enseñó cuando impartía clase, que fue maravilloso, sino todo lo que aprendí a su lado, en cualquier circunstancia y sobre cualquier tema. Mi agradecimiento hacia él es enorme, tanto como nuestra afición compartida que alimentó y amplió.

Descanse en paz el arabista innovador, el maestro y el aficionado.